

## Habitados por Cristo Entrada desde la perspectiva de la Oración



### Permanecer en el amor

No existe algo que añore más la persona enamorada que estar con aquel a quien ama. El que ama desea estar con la persona amada. Es decir, desea estar en su presencia, compartir su vida con ella, escuchar su palabra, sus sueños y proyectos.

Decir a una persona «te amo» no es sólo una expresión teórica, sino el anuncio de cómo quiero vivir con ella: permaneciendo en su presencia. Amar es una acción y una decisión. Es una acción que nos saca de nosotros mismos para ir al encuentro del otro y una decisión, porque es la expresión máxima de libertad decidir a quién ofrecer todo lo que soy.

Amar es una acción que incluye el cultivo de gestos, palabras y actitudes. Nadie puede decir a otra persona que la ama verdaderamente si descuida esas expresiones que manifiestan el amor que le tiene. Es verdad que podemos encerrar la palabra «amor» en formalidades y «vaciar de contenido mi Te quiero» como dice una canción y por eso debemos ser conscientes que el amor requiere de una decisión cotidiana.

La gran tentación a la que nos enfrentamos en la Iglesia es la de “asegurarnos” la salvación detrás de las fórmulas y prácticas religiosas que realizamos, pero sin mucho sentido. Las prácticas religiosas están íntimamente relacionadas a los gestos de amor a Dios. Si vaciamos de amor nuestras prácticas espirituales, habremos corrompido parte de nuestra fe. Permanecer en su amor no significa quedarse atrapado detrás del formalismo religioso, sino nutrirnos del Evangelio.

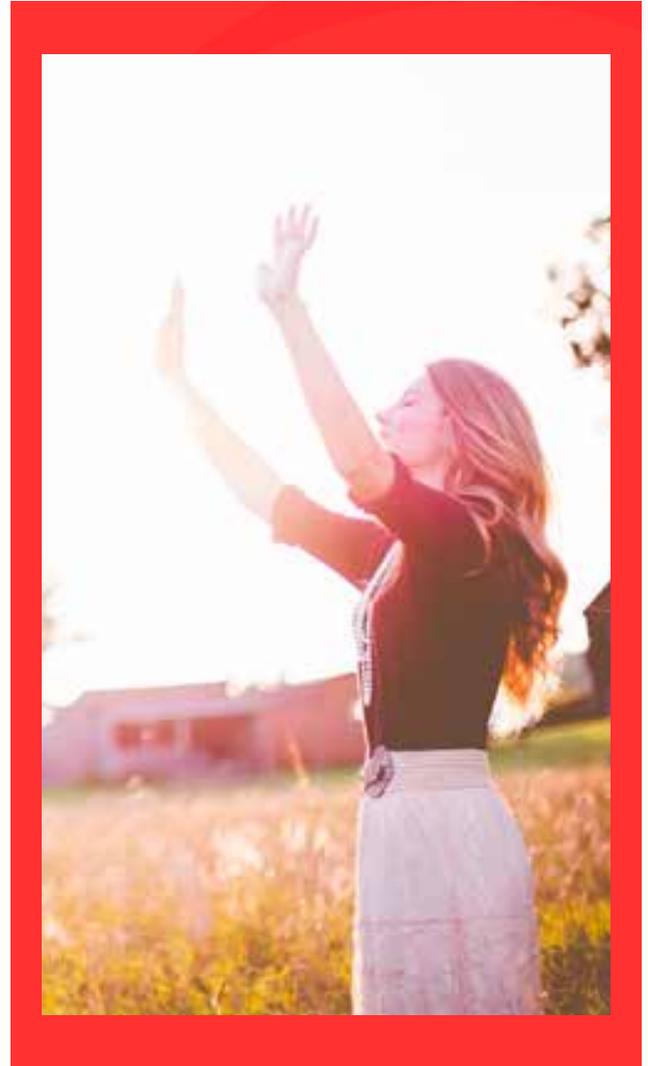
¿Cómo es posible permanecer en el amor junto a Jesús? Algo que no debemos olvidar nunca es que fue Jesús quien salió a nuestro encuentro, Él quien nos encontró y nos invitó a seguirlo. Así lo expresa cuando dice «ustedes no me eligieron a mí, yo los elegí a ustedes». (Evangelio de Juan cap. 15, 16-18) Su AMOR nos ha elegido. No son nuestros méritos los que nos han acercado a Jesús, sino el amor gratuito del Padre. «Él nos amó» (Primera Carta de Juan cap. 4,19). Es por eso por lo que nuestras prácticas religiosas no deben convertirse en una búsqueda egocéntrica del reconocimiento de Dios, sino en expresión del deseo de permanecer en su amor, en su presencia. La oración con la Palabra de Dios es una manera de permanecer en su amor.

Darse un tiempo a uno mismo para estar en oración es una decisión concreta del deseo de estar con Jesús y de permanecer en su amor. Pocas veces nos “regalamos” tiempo para calibrar el corazón, limpiar el alma y purificar el espíritu por medio de la meditación con la Palabra de Dios. Quizás la falta de tiempo para estar con uno mismo y profundizar en la propia vida, sobre el principio y fundamento de la propia existencia, sea una de las mayores pobreza que azota a la humanidad.

¿Puedo pretender que otra persona esté a gusto conmigo, si yo mismo no puedo estar un tiempo a solas con quien amo? Cuando no podemos destinar tiempo para sumergirnos en la oración y entrar en nuestro mundo interior y, como recomienda Jesús, entrar en la habitación y cerrar la puerta, no podremos escuchar la voz del Padre. Y así no aprenderemos a conocer y distinguir los pensamientos y sentimientos que anidan en nuestro interior que es tan importante para adquirir la destreza del discernimiento espiritual. La asertividad en nuestras decisiones depende mucho del conocimiento de la diversidad de mociones espirituales que se suscitan en nuestro interior.

Otro aspecto del deseo de permanecer en el amor de Jesús es crecer en el discernimiento espiritual. Una manera de gestionar nuestra vida para vivirla de manera plena es aprender a discernir entre las voces que hay en nuestro interior, cuáles son las del buen y mal espíritu y hacia dónde me conducen y, cuáles las propias voces que surgen de nuestra propia libertad. En ocasiones te encuentras con personas que están incomunicadas consigo mismas.

Son incapaces de comprender lo que ocurre en su interior. La reflexión personal, la meditación o la oración son una manera de comunicarnos con nosotros mismos en Dios, de ahondar en nuestra propia existencia y relación filial con el Señor. Nos ayuda a valorar los logros y celebrarlos, a disfrutar del trabajo cumplido, y también nos da una amplia capacidad para reconocer nuestros yerros y enmendar los errores.



Cuando carecemos de la capacidad para reconocer la voz de Dios, que nos proporciona la meditación o la oración, nos convertimos en desconocidos para nosotros mismos. Nuestro corazón se convierte en casa tomada, habitada, usurpada, por inquilino intrusos e indeseables. Cuando tienes una comunicación con Jesús en el interior de tu corazón entras en contacto con la fuente de Sabiduría que habita en todo ser humano. La reflexión, meditación u oración nos ayudan a encontrar puntos de vistas o perspectivas nuevas que nos enriquecen como persona. Sin comunicación interior vamos por la vida a ciegas.

La oración y el discernimiento espiritual nos sitúan muy cerca del Corazón de Jesús, nos ayudan a recostar nuestra cabeza, como el discípulo amado, en el pecho del Maestro. El psiquiatra austríaco Viktor Frankl dijo que «Hay mucha sabiduría en Nietzsche cuando dice: quien tiene un porque para vivir puede soportar casi cualquier como». La cercanía al Corazón de Jesús llena nuestra vida de sentido. Para muchas personas su vida se acaba cuando alcanzan sus metas o logran sus propósitos inmediatos. Cuando no tienes un motivo que trasciende el tiempo y el espacio, o la disponibilidad del corazón para «sentir y gustar» la vida con otros, la propia vida se vuelve insípida y se torna pesada.

Cuando nuestros motivos para vivir engarzan con el propósito de Dios, sintonizan con el Corazón de Jesús, acontece algo distinto. La fe nos da una perspectiva más amplia de la vida que las metas inmediatas y nos permite tener una visualización creativa sobre la realidad. Para crear hace falta creer. En el Corazón de Jesús escuchamos los deseos, sueños, súplicas, grito de auxilio y libertad que lanza al cielo una humanidad necesitada de amor y compasión. La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, tan presente en nuestra fe no es una invitación a la oración estacionada o intimista, sino un impulso a la misión.

Al escuchar el Corazón de Jesús no podemos quedar indiferentes hacia lo que hay en su corazón. Permanecer en el amor es escuchar su Palabra, discernir su voz y ponernos en movimiento para colaborar con Él en su misión de compasión por el mundo.

Para profundizar. Recursos. Anexo Tres. “Adoración”.